



FERNANDO NAVARRO
CRISÁLIDA

IMPEDIMENTA

EL SANATORIO Y LA ENREDADERA

Desperta niña despierta, escucho la voz grave del Capitán, y entonces despierto y me envuelve la niebla de los bosques donde me mataron cuando yo tenía doce años y no tenía nombre porque de niña no tuve nombre porque mi padre, al que llamábamos el Capitán, no nos puso nombre a ninguno.

No puede ser su voz porque él nunca me llamó niña o dijo niña o mi vida o criaturica o bebé o nena o mi dulce o mi amor, ni pensó que yo fuera una niña porque ya no lo éramos, no éramos niños, éramos sus soldados, sus juguetes, sus esclavos, sus discípulos, sus muñecos. No puede ser su voz porque anda perdido arriba en las tierras altas, seco como una rama y se lo están comiendo los gusanos y revolotean las alúas en el aire y algunas mariposas han venido a verlo y la tierra lo agarró y tiró de él, con fuerza, para dentro, quédate conmigo Capitán, y ya no se movió y se fue pudriendo y no, esa no puede ser su voz porque los fantasmas no hablan.

Tengo la cara empapá. No sé si son lágrimas o lluvia o rocío o sudor y al encender la lámpara me acuerdo de dónde estoy. Sigo en este sanatorio rodeada de camas en las que duermen otros loquitos y algunos roncan por la noche. No sé cuánto llevo aquí ni qué hago aquí ni quién me trajo aquí y no quiero estar aquí. Aquí todo tiene el mismo color: el metal del cabecero de la cama y las sábanas, las paredes y los uniformes de las enfermeras. Es del color de la resina o del hueso, un amarillo apagado que es también el color de mis sueños aunque nunca sé si estoy despierta o estoy dormida o cuándo es de día o cuándo es de noche y no sé cuándo no sé quién no sé cómo me quitaron la ropa que estaba pegada a todas mis heridas pero era mi ropa y no deberían habérmela quitado porque era mía y olía a sierra, a nieve, a mi sangre y sobre todo a la sangre de mis hermanicos y por mucho que les pedí que me la devolvieran no me la devolvieron y me dicen que la han quemado y no sé por qué han quemado mi ropa y me han dado un pijama feo y el pijama me picaba y luego me han dado una

bata más fea que el pijama para que la lleve por encima porque hace frío y yo me quiero quitar el pijama y la bata y quedarme desnuda y para que no lo haga me dan un camisón más fino, blanco, y no me quejo porque me dicen que el camisón lo ha traído una enfermera para mí, que era suyo y ahora es mío.

Me duele el pecho al respirar, debajo del camisón tengo la piel llena de heridas, de marcas, y escucho la carcoma comerse el edificio y la escucho avanzar por las venas del sanatorio igual que entra la enredadera en esta habitación grande llena de camas, aprovecha la enredadera las grietas de las paredes como las raíces de los árboles levantan el suelo. La naturaleza se abre paso, decía el Capitán.

Todo el sanatorio está medio derruido, las paredes llenas de desconchones y agujeros, se escuchan las goteras y los cristales tienen una capa de mierda gruesa porque nadie los limpia y la lámpara de la mesita no es una lámpara es una luciérnaga. Una luciérnaga gigante que ilumina todo el bosque y los troncos grandes de las secuoyas. Al clavar las uñas en el colchón, porque me duele todo el cuerpo y no sé qué hacer, también clavo las uñas en el barro y hundo las manos en la nieve y me envuelve la neblina de la sierra. Entonces veo la linterna del Capitán yendo y viniendo por el bosque y en la luz de la linterna asoman los helechos. Queda un poco de aguanieve sucia a medio derretir y tengo agujas de hielo en las pestañas y hay hojas secas y cáscaras de frutos mordidos por un herrerillo y me toco la cara, empapá por las lágrimas o la lluvia o el rocío, y de los radiadores debajo de las ventanas sale un sonido que parece un animal que gruñe y no es un radiador lo que hay debajo de la ventana: es un jabalí que guarrea mientras me mira.

Dónde están mis hermanos, niños perdidos en un bosque, dormidos bien pegados en unas jarapas sucias dentro de una

furgoneta arrumbiá. O tirados al sol sin camiseta, despechere-
taos, los vaqueros medio rotos, las uñas largas sucias. Huelen
a lo que huele la tierra. Llevan el pelo largo y enredao y son
rubillos mis hermanos y yo tengo el pelo más rojo que ellos.
Dónde están mis hermanos y qué flores salen del pelo de mi
madre a la que llamábamos Madreselva y las lombrices enredás
en mis dedos son mis dedos, y otra vez estoy a los pies de aque-
lla montaña que llamábamos la Montaña del Tigre. Para él éra-
mos dibujos en una hoja de papel o mejor: muñecos. Éramos
muñecos hechos con ramas y hojas o con recortes de tela vieja.
Como los cristobicas de las funciones del colegio, él nos movía
como si fuera un dios porque siempre pensó que era un profeta
un santo un elegido y por eso lo llamábamos el Capitán.

Nuestro jefe. Nuestro amo. Papá Ceniza. Papá Niebla. Papá
Dios. Papá Abismo, que un día encerró a sus hijos entre secuoyas
perdidas y del que nunca se volvió a saber nada y yo me
arrastro por la nieve sucia y dejo un reguero de sangre en el que
puede leerse ayuda, que alguien me ayude ayuda ayudadme,
que soy Nada, la niña sin nombre.

En este sitio me da por cantar una canción que me inventé en las montañas. La inventé para no estar sola y se la cantaba a mis hermanos que me la pedían, canta un poco, Nada, porfa, la cancioncica esa que solo te sabes tú, y se la cantaba y los ayudaba a dormirse o estar tranquilos.

Aquí la canto sin darme cuenta. Cosas de loca, oigo que dicen en voz baja. Pobre niña Nada, Ná, que salió de los bosques perdía y asalvajá. Muerta porque la medio mataron con doce años. Sola y preguntando como pregunta día sí día también por sus hermanos y por su padre al que llama el Capitán y por su madre a la que llama Madreselva. Loca pa to la vida la niña Ná. Que ni comer ni ver la televisión quiere, que ni leer ni escuchar historias ni la radio ni la telenovela ni la música moderna. Nada, en su cama to el día y dando paseos y cantando como la loquita que es.

Y creen que no los escucho pero los escucho hablar, en voz alta, como si los loquitos fueran sordos. Dicen que en este sanatorio metieron a los locos de la guerra y a muchos rojos y

a muchos muchos heridos y había amianto en las paredes y los que no se murieron por la guerra se murieron por el amianto y no sabían qué hacer con ellos y los fueron enterrando en las paredes y yo pongo la mano en la pared para ver si escucho algo y pego la cara a la pared y paso la lengua por la cal porque me gusta el sabor que es amargo y ni al jardín sacaron a esa panda de muertos. Abrieron las paredes y ahí fueron tirando a los locos y a veces la pared parece que está viva y pienso que son las ratas que se comen a los locos de la guerra de hace muchos años y mira que les gusta a los animales comerse a las personas y aunque la comida de este sitio no está mala yo siempre se la tiro a la cara a las enfermeras.

Vienen médicos y hombres con corbata y se sientan a mi lado y me preguntan y no les hago caso y se van igual que han venido y dicen que no puede ser que me llame Nada, que eso no es un nombre. Vienen enfermeras y médicos que me ponen inyecciones que me duelen y me ponen esa cosa fría en el pecho y me piden que respire fuerte y yo me imagino que dentro se escucha el sonido del hielo al crujir o a lo mejor un animal que grita y se acercan mucho a mí y cuando se van dejan en el aire un olor a cigarros distinto al tabacazo que fumaba el Capitán.

Hay dos celadores grandullones que parecen gemelos pero no son gemelos. Los dos llevan el pelo igual, son morenos, tostados al sol, son de Jaén los dos y los dos se llaman Antonio, por eso no son gemelos porque no se podrían llamar Antonio si fueran hermanos pero quién va a hablar de nombres cuando mis hermanos no tenían nombre sino más bien palabrejas de cosas y a veces ni eso. Los médicos y los celadores y las enfermeras dicen que esto no es un manicomio, que es un sanatorio, un sitio para curarse y descansar y no sé por qué lo dicen porque esto está lleno de loquitos. Algunos se quedan mirando un punto y no se mueven por mucho que les hables y me da miedo

cuando hacen eso porque no sé lo que están viendo y a lo mejor están viendo lo mismo que yo cuando me quedo mirando un punto y otros se arrancan el pelo con las manos y no tienen dientes porque se les caen o se les pudren y fuman y tosen y no hay casi zagales casi todo son viejos y hay uno que dice que es alférez de los tercios de Flandes y otro tenía un bar y un día les dio de beber lejía a sus clientes y se los llevó por delante y dice uno de los Antonios que no lo pudieron meter en el talego porque tenía un buen abogado y en la vida hay que tener un buen abogado, eso mismo decía el Capitán, y mi favorito es uno al que llaman el Señor Mostaza y que de joven era guapo y tiene fotos de cuando llevaba el bigotillo recortado y parece que estaba enamoriscao de una a la que su madre odiaba o estaba enamoriscao de su madre porque yo no me he enterado muy bien y tenía una tienda de ultramarinos con su madre en Málaga y su madre un día murió y estuvo con el fiambre de su madre en la casa muchos días y solo quería comer mostaza y cada tanto tienen que hacerle operaciones.

Y luego hay uno que trabaja aquí, tiene la cara picá y es delgado como un lagarto y veces cambia las bombillas cuando se funden y la caldera cuando se jode que es todo el rato y ese se entiende con una enfermera que no tiene nombre de cosa o de planta o una palabreja porque se llama Brígida. Brígida tiene una voz ronca aunque parece hecha de pan porque su piel tiene el color de la harina y a veces parece que viene horneada porque trae los colores subidos y eso pasa cuando ella y el carapicá se esconden en el cuarto de lavar la ropa aunque yo creo que aquí nadie lava la ropa y se esconden ahí y se creen que nadie lo sabe pero yo lo sé y a veces ella le dice al carapicá: no está loca, lo ha pasado mu malamente la muchacha. Y la enfermera Brígida entonces me cae bien.

No duermo no estoy despierta el dolor me atraviesa y vomito me mareo y vomito y me dan pastillas y las vomito porque no quiero comer y no tengo fuerzas para estar de pie y quiero estar de pie y cuando estoy de pie me caigo al suelo y me hago nuevas heridas que tienen que curarme y sigo sin comer y muchas veces me ponen una aguja en la vena ahí fija y yo me arranco la aguja de la vena y los tirones me están haciendo pequeñas marcas negras en los antebrazos, niña, por favor, no te quites eso, que te haces daño. El cuerpo tira un poco de mí a veces hacia abajo hacia la tierra y a veces hacia arriba camino de las cumbres. Algunas noches, cuando todos duermen, yo vuelo sobre la cama.

No vuelo: me elevo. Floto.

Floto unos pocos metros sobre mi cama y cuando bajo la mirada no hay más que nieve sucia y roja donde debería estar mi cama. Me despierto tirada en un charco de babas de color clarito y ya solo es bilis, me dice Brígida, si no comes no sé qué es lo que vomitas y a veces tengo tantos sueños distintos que no sé

cuándo me he despertado. Me duele mucho la cabeza y tengo fiebre mucha fiebre que no baja y me duele la cabeza el pelo los pies las rodillas no duermo no despierto nunca sé dónde estoy. Persigo jinetas por los pasillos y quiero una lanza para cazar jabalís y las enormes manos del gigante me abrazan y no duermo duermo despierto no despierto y no sé dónde estoy, a veces me despierto de pie en mitad del pasillo, otras veces grito y es uno de los Antonios el que me despierta dándome bofetás mientras muerdo las sábanas y otras veces cuando todos duermen meto la cabeza bajo el grifo y me duermo con el pelo mojado del agua y empapo la almohada de agua otras veces de sudor y no quiero ducharme y cuando me ducho me quedo debajo del agua hasta que todo el cuerpo parece de corcho y me duelen las yemas de los dedos y no duermo no cierro los ojos me recorre el dolor es un pinchazo entero de dolor son mil agujas o mejor mil clavos clavados en todo el cuerpo. Sudo mucho me muero de calor sudo y las sábanas son finas amarillas y me envuelven y se me pegan a la piel y es como una crisálida una capa transparente sobre mi cuerpo que se convierte en una segunda piel como de gelatina y me elevo levito sobre la cama me elevo y la tela amarilla me aprieta el cuerpo las caderas los muslos las tetas los tobillos y a veces me cubro la cabeza entera y extendiendo un poco los brazos al levitar y me veo en el reflejo de la ventana al fondo de la habitación y me elevo lo justo para parecerme a una de esas figuras de santas que abrían lo justo la boca antes de que llegara un ángel a visitarlas para decirles que se iban directas al cielo con Dios y los santos. No duermo porque tengo el cuerpo lleno de picores me pica ¡me pica! y no pueden hacer nada y me rasco apretando con las uñas y tengo el cuerpo lleno de rascaduras y me levanto la piel como si fuera la cáscara de un albaricoque y me hago sangre. Bebo un vaso de agua y otro y otro y otro y otro y otro y cierro los ojos pero los tengo que abrir porque me duelen las rodillas y noto dolor en las costillas

y como si el pelo tirara de mí y solo puedo hacer una cosa, levantarme. Y me levanto y me doy paseos y no les gusta que pasee sola por la zona de los despachos aunque siempre están cerrados y hay una escalera que lleva a la última planta y ahí está prohibido subir, dicen.

Hay puertas que no llevan a ningún sitio.

Las abres y no hay una habitación hay un muro de ladrillo mal pegado con cemento y por la noche cuando todos duermen paseo por los despachos, siento mi pie frío en el azulejo más frío del pasillo que tiene un dibujo de rombos de colores azules marrones y rosas. Al final del pasillo hay una ventana grande. La pedrada o el pájaro que se estrelló en esa ventana dejó un dibujo que sale del centro y se expande un poco a los lados, crac, como una telaraña de cristal. A través de las grietas del cristal se ve la sierra, más arriba los glaciares. No quiero despertar a nadie y voy descalza y llego a la puerta de la enfermería y no me cuesta romper con el puño, cras, uno de los cristales de la puerta.

Con ese mismo cristal me corto las venas.